

liza un estudio del salario diferencial en España, mostrando las fuertes diferencias y aberturas —o abanicos— intersalariales que se producen en los diferentes sectores económicos, o según las diversas categorías profesionales; asimismo, se presentan diversos trabajos relacionados con la deficiente estructura salarial, el salario mínimo, la imperfección del mercado laboral y el impacto de la negociación colectiva en las relaciones laborales en España a partir de 1958.

Por último, se lleva a cabo un estudio sobre la estructura y situación de la oferta de mano de obra, mostrando cómo la elaboración de la política de salarios debe contar con una serie de instrumentos importantes, «entre los cuales figuran el salario diferencial, el seguro de desempleo, el régimen de jubilaciones y, lo que es más trascendente, el abandono y la eliminación de muchos de los principios informadores de la política laboral, que se ha seguido en España durante las últimas décadas».

En síntesis, la obra del profesor Jané Solá, no sin ser discutida desde diversos puntos de vista, habrá de ser objeto de continua consulta y referencia, constituyendo «una aportación importante a un tema importante» que, hasta la fecha, no ha gozado de la atención científica que, sin duda, merece. ■ **ARTURO LOPEZ MUÑOZ.**

«El problema de los salarios en España», por Jané Solá. OKOS-TAU.

## Arniches, en su sitio

Es significativo que Alianza Editorial haya dedicado a Carlos Arniches uno de sus últimos volúmenes. Autor escasamente considerado por la crítica al principio de su carrera, conoció, gracias a Ramón Pérez de Ayala, un fulminante encumbramiento. En él— pensemos, por un momento, en lo mucho que se ha escrito sobre las "tragedias gro-



"Los caciques".

tescas"— se mantuvo durante años hasta entrar en una etapa de lógica decadencia creacional, agravada por el hecho excepcional de la guerra civil, ante cuya problemática, el teatro de don Carlos, asentado en viejos patrones, parecía singularmente anacrónico (como sucedía con el de don Jacinto).

Después de la guerra, la preceptiva literaria tendió a rebajar al máximo el valor de Arniches. En más de una historia de la literatura —es muy significativa, en este sentido, la posición del Valbuena— la obra de Arniches fue liquidada en unas breves líneas, situándolo, por ejemplo, detrás de los Quintero, y no digamos ya de don Jacinto.

Parece ser que hoy, superada ya la doble e intercondicionada corriente de los apologistas y los detractores, Arniches está siendo situado en su verdadero sitio. Ni tan grande ni tan pequeño como registraron las críticas dominadas por un sentido polémico, Arniches aparece como un autor ligado al curso general de la sociedad de la Restauración, cuyo paternalismo liberal sería definitivamente liquidado con la llamada al General Primo de Rivera. De otra parte, se trata de una obra extensísima, que cubre varias décadas y que pasa, lógicamente, por las etapas de juventud, madurez y decadencia. Juzgar a Arniches por cualquiera de sus obras es un error, pues el valor de las mismas, tanto en atención al curso creador del autor como a la distinta oportuni-

dad de su reformismo social, es muy diferente.

El volumen que comentamos ha querido recoger las dos corrientes fundamentales del mejor Arniches; acaso podría ponerse el reparo de haber elegido dos sainetes igualmente festivos en vez de abordar alguno de los dotados de cierta amargura reveladora. "El santo de la Isidra" y "El amigo Melquiades", graciosos y desenvueltos, creados para contar con un acompañamiento musical, muestran a un pueblo que baila y se divierte en el que nunca falta el tímido ingenioso que vence al pícaro y salva la felicidad de la muchacha. El propio Arniches llegaría a comprender la trampa de esta visión festiva de la vida popular en las sombrías acotaciones de sus Sainetes Rápidos. En cuanto a "Los caciques", versión libérrima de "El inspector", de Gogol, es una de sus más conocidas y justamente celebradas obras. Documento sobre el caciquismo español, expresa la amargura de los reformistas de la época ante la realidad social del país. Detrás de "La señorita de Trevélez", la obra "magna" de Carlos Arniches, "Los caciques" ocupa, sin duda, un primerísimo lugar.

En todo caso, se trata de un volumen oportuno, que acredita la sensibilidad y la apertura temática de su editorial.

■ J. M.

Carlos Arniches: «El santo de la Isidra», «El amigo Melquiades» y «Los caciques». Alianza Editorial, 1969.

## ARTE

Con la inauguración del año acabamos de doblar el cabo de la primera mitad de nuestra temporada artística; el Cabo de la Buena Esperanza. Vamos a ver lo que nos trae el año del arte en su segunda mitad. Sea lo que sea, lo que nos traiga no vendrá vestido con el ropaje de lo sensacional. Eso es lo que tienen las cosas del arte: no asombran ya a nadie por mucho que lo pretendan. Nuestro público, el público de hoy, se ha ido acostumbrando a que las cosas del arte pueden vestirse con el traje de la inocente excentricidad.

Esperemos. Esta es la hora de los comentarios al margen. He aquí dos de ellos, relacionados con las artes aun cuando no con las exposiciones.

### Isaac Díaz Pardo: La cerámica y las formas

A Isaac Díaz Pardo —el pintor— habíamos dejado de verlo por aquí hacía ya mucho tiempo. Algún día, por el Gijón, dijo que estaba en América realizando su destino de gallego, que es el de emigrar, aunque sólo sea temporalmente, a aquel continente. Y era verdad que estaba allí, en la Argentina. Pero Isaac volvió y se asentó en su tierra. Hace años fui a Galicia y estuve

con él en su casa. Había dejado la pintura, al menos como actividad pública, para dedicarse plenamente a la cerámica. Allí, en su casa de El Castro, no lejos de Betanzos, estaba produciendo una cerámica llena de una gran dignidad, la cual, por otra parte, no quería dejar de ser un elemento de «servicio público». Trataba de llevar hasta las ventajas de un cierto industrialismo en la producción las antiguas virtudes de la artesanía... Estaba con él Luis Seoane, ese pintor gallego-argentino que tantas felices experiencias tiene realizadas en el campo de la gráfica editorial. Luego supe que había una especie de asociación en la experiencia... Pero entonces, cuando los vi trabajar con el entusiasmo y la febrilidad de los neófitos, pensé que estaban realizando, sin saberlo, una de las más caras ilusiones de lo que llamamos «diseño industrial» en el mundo contemporáneo. Pero no: yo estaba equivocado. Ellos sabían muy bien lo que estaban haciendo. Pero lo que más me entusiasmaba de aquella labor era la conciencia que tenían ambos de que seguir una tradición de las formas no era, ni mucho menos, anclarse en el pasado, sino echar raíces de cara al porvenir.

He vuelto a ver, hace poco tiempo, a Díaz Pardo. Está febril, transfigurado por el entusiasmo. Tiene el proyecto —es decir, tienen el proyecto, pues Seoane le acompaña en la aventura— nada menos que de resucitar Sargadelos. Sargadelos, la manufactura cerámica de ese nombre, es una de las más fantásticas aventuras gallegas de la historia contemporánea, que corre a lo largo de casi todo el siglo pa-



Diseño de Luis Seoane para la nueva Cerámica de Sargadelos.